

la lattice manifestada

Una guía teórico práctico
para alinear pensamientos,
emocion y acción.

TEORIAS DE
JACOBO GRINBERG
Y LOS MAESTROS
DEL UNIVERSO

La Lattice Manifestada

La ciencia de la creación consciente

Armando G.J

© 2026 Armando G.J. Todos los derechos reservados.

Basado en la vida y obra de Jacobo Grinberg Zylberbaum

Contenidos

[Introducción](#)

[Capítulo 1: El Niño y el Tumor](#)

... versión completa disponible en la edición completa ...

Para quienes creen que la realidad es negociable.

*Y para Jacobo,
que desapareció buscando las respuestas
que el resto de nosotros aún tememos preguntar.*

Introducción

Hubo un hombre que desapareció en diciembre de 1994, del cual nunca más se supo. No era un criminal, no era un político corrupto huyendo de la justicia, sino un neurocientífico, un psicólogo que se había doctorado en la Universidad de Nueva York bajo uno de los neurofisiólogos más respetados de su época. Un investigador que había publicado más de 50 libros, fundado un instituto de investigación financiado por la UNAM y pasado un año completo documentando las cirugías psíquicas de una curandera mexicana que operaba con dos cuchillos y entraba en trances en los que aseguraba ser Cuauhtémoc, el último emperador azteca.

Su nombre era Jacobo Grinberg Zylberbaum, y si estás leyendo esto, probablemente ya sabes que su historia no termina con una respuesta. Termina con una pregunta.

Esa pregunta es la que este libro intenta explorar; no desde la academia, ni desde la rigidez de las citas a pie de página, que exigen fuentes primarias inaccesibles —la mayoría de sus obras están agotadas, dispersas en bibliotecas privadas o colecciones de aficionados—, sino desde otro lugar: desde la convicción de que Grinberg tocó algo real, algo que otros, en otros tiempos y con otros nombres, también tocaron.

Qué vas a encontrar aquí

Este libro tiene cuatro partes, y cada una responde a una pregunta diferente.

La primera parte responde: **¿Quién era este hombre?** Es su biografía: no la versión de Wikipedia de tres párrafos, sino el recorrido de un niño que perdió a su madre a los 12 años, que estudió psicología para entender qué era esa "mente" que se había apagado, que viajó a Israel y descubrió que la ciencia occidental no tenía todas las respuestas, que fundó laboratorios, que midió campos cerebrales, que documentó lo "imposible" y que un día salió

de su casa y desapareció. Un *thriller* sin final. Una historia que parece ficción pero que, por desgracia para los amantes del orden, es documental.

La segunda parte responde: **¿Qué descubrió?** Ahí entra la **Teoría Sintérgica** y su concepto central: la **Lattice**. No te preocupes si nunca has oído hablar de ella. En estas páginas la desglosamos pieza por pieza: el campo infinito de posibilidades pre-físicas, el cerebro como sintetizador de realidad, los tres pilares de la manifestación (emoción, acción, sentido), el "ruido" que destruye la conexión y el factor de direccionalidad que determina qué parte de ese océano de posibilidades se materializa en tu experiencia concreta.

La tercera parte responde: **¿Quién más lo sabía?** Porque Grinberg no fue el primero. Ni el último. Nikola Tesla, con su obsesión por los números 3, 6 y 9 "la llave del universo", describió un mecanismo de frecuencia y disciplina cíclica que guarda un parentesco inquietante con la Lattice. El budismo, con su concepto de **vacuidad** (*śūnyatā*), describe un campo de potencial ilimitado donde la intención pura sin apego genera manifestación. El cristianismo, en Marcos 11:24, da una instrucción precisa: "*Pide como si ya lo tuvieras*" —es decir, alinea pensamiento, emoción y certeza antes de la evidencia—.

Cuatro tradiciones. Cuatro vocabularios. Un solo mecanismo.

La cuarta parte responde: **¿Cómo lo aplico?** Aquí dejamos la teoría y entramos en la práctica: el Protocolo de Conexión paso a paso, el Ritual del Silencio para eliminar el ruido, casos que ilustran el principio y una invitación final a entender que la realidad no es algo que te sucede: es algo que co-creas.

Una advertencia honesta

No tenemos acceso a todos los libros de Grinberg. Muchos están agotados, otros nunca se digitalizaron y algunos circulan solo en fotocopias entre coleccionistas. Lo que presentamos aquí es una **reconstrucción fiel** basada en: - Las fuentes secundarias verificables disponibles (documentales,

artículos, entrevistas a quienes lo conocieron) - La investigación previa que ya realizamos y documentamos - La lógica interna de su propia teoría, que es coherente y autosuficiente una vez que entiendes sus premisas

No afirmamos que cada cita atribuida a Grinberg en este libro provenga de una página específica de un volumen que puedas comprar en Amazon. Eso sería deshonesto. Lo que sí afirmamos es que el **espíritu** de sus ideas está aquí, intacto, y que la estructura conceptual que presentamos es fiel a lo que se reporta de su obra en las fuentes disponibles.

Este libro no es un tratado académico. Es un **manual de co-creación** escrito desde la voz de quien ha decidido que la realidad es negociable.

El contrato final

No prometemos milagros, ni que si escribes nueve veces una afirmación antes de dormir, mañana aparecerá un millón de dólares en tu cuenta bancaria: eso no es manifestación, sino magia infantil.

Lo que prometemos es una **lente diferente**, una forma de ver tu propia mente, tu emoción, tu acción y tu atención como herramientas activas —no pasivas— en la construcción de tu experiencia, y una invitación a dejar de ser espectador de tu vida y empezar a ser arquitecto, porque Grinberg desapareció buscando explicar lo inexplicable; quizás lo inexplicable no necesita explicación, sino práctica.

Empecemos por el principio. Por el niño que perdió a su madre y decidió que la mente no era lo que la ciencia oficial decía que era.

Capítulo 1: El Niño y el Tumor

"La muerte de mi madre no fue un evento; fue una pregunta que se instaló en mi cabeza y nunca pagó alquiler." Jacobo Grinberg (atribuido)

La Ciudad de México, 1946. El mundo acababa de salir de la Segunda Guerra Mundial, pero en una casa del centro de la capital mexicana, una familia judía de ascendencia polaca celebraba algo mucho más pequeño y mucho más eterno: el nacimiento de un niño. Le pusieron Jacobo. Jacobo Grinberg Zylberbaum, un nombre que sonaba a Europa del Este, a yiddish, a exilio, a supervivencia. Un nombre que, décadas después, sonaría en los laboratorios de la UNAM y en los documentales de misterio.

Pero en 1946 era solo un bebé. Los bebés no saben que van a desaparecer.

La casa del silencio

Jacobo creció en un hogar donde el intelecto era la moneda de cambio. Su familia, judía y de habla yiddish, había llegado a México huyendo de las persecuciones europeas. No eran ricos, pero eran cultivados: la conversación en la mesa no era sobre fútbol o chismes, sino sobre política, filosofía y la pregunta eterna de los judíos en diáspora: ¿dónde pertenecemos?

A los 12 años, Jacobo aprendió que pertenecer al cuerpo es temporal.

Su madre empezó a tener dolores de cabeza. Al principio, los atribuyeron al estrés, a la edad, a la fantasía. Pero los dolores crecieron, y con ellos creció algo más siniestro: un tumor cerebral. En los años 50, un tumor cerebral no era una sentencia de muerte inmediata, pero tampoco era una enfermedad que se enfrentaba con optimismo. Era una sombra que se instalaba en el cerebro

de alguien a quien amabas y te miraba desde adentro, y Jacobo tenía 12 años cuando su madre murió.

Los doce años son una edad terrible para perder a una madre. No eres un bebé que olvidará. No eres un adulto que tiene herramientas para procesar. Eres un niño en el limbo: lo suficientemente consciente para entender que algo irreparable acaba de suceder, lo suficientemente inmaduro para no saber qué hacer con esa información.

La pregunta que no se fue

Los adultos alrededor de Jacobo intentaron consolarlo con las herramientas disponibles en la cultura mexicana de los 50: rezar, ocuparse, no pensar en eso. Pero Jacobo no era un niño que podía no pensar. Había algo en su mente —algo que él mismo no entendía todavía— que le impedía aceptar la versión oficial de los hechos.

La versión oficial decía: la enfermedad mató el cerebro; el cerebro murió, la mente murió con él; la persona desapareció; Fin.

Pero Jacobo no pensaba: sentía que su madre seguía ahí. En algún lugar. De alguna manera. No como fantasma ni como espíritu flotante, sino como... presencia. Como información que el cuerpo ya no podía contener, pero que no se había disuelto en la nada.

Esa sensación, esa certeza irracional, se convirtió en el motor de su vida.

La geometría del dolor

Adolescente, Jacobo empezó a obsesionarse con la mente. No con el cerebro como órgano —eso vendría después—, sino con la **mente** como fenómeno. ¿Qué era? ¿Dónde estaba? ¿Se moría con el cuerpo o solo dejaba de habitarlo?

Encontró respuestas parciales en libros de psicología que conseguía en librerías de viejo de la Ciudad de México. Encontró más preguntas en las conversaciones con su padre, que intentaba mantener la fe judía en un hijo que ya no creía en un Dios personal pero sí en algo que no podía nombrar.

Encontró, quizás sin saberlo, la semilla de su futura teoría: la idea de que la realidad no es algo sólido que percibimos desde fuera, sino algo que co-creamos desde dentro. Que el observador no está separado de lo observado. Que la mente y el mundo son dos caras de un mismo proceso.

En 1963, con 17 años, Jacobo hizo algo que cambiaría su vida: viajó a Israel.

El kibutz y la cábala

Israel en 1963 era un país joven, ferviente, lleno de idealismo y de traumas no resueltos. Jacobo no fue como turista. Fue a trabajar en un kibutz, una comunidad agrícola colectiva cerca de Gaza. El trabajo físico, la tierra, el calor, la sensación de pertenecer a algo más grande que uno mismo: todo eso le hizo bien. Pero no era lo que había ido a buscar.

Lo que buscaba estaba en Safed, una ciudad en el norte de Israel conocida como uno de los centros históricos de la cábala: la tradición mística judía que estudia los secretos ocultos de la Torah y la naturaleza de Dios.

En Safed, Jacobo escuchó por primera vez sobre conceptos que resonarían décadas después en su propia teoría: la idea de que el universo es un campo de emanación infinita; que la realidad física es solo una "contracción" (tzimtzum) de una luz infinita; que el ser humano puede influir en ese campo a través de la intención, la emoción y la acción alineadas, pero no se volvió cabalista. No se puso un kipá y empezó a estudiar Zohar ocho horas al día. Pero algo en su mente de 17 años hizo clic —una conexión que no sabía que estaba buscando—.

La ciencia oficial decía que la mente era un epifenómeno del cerebro; la cábala, que era un canal de lo infinito. Jacobo empezó a sospechar que la

verdad estaba en algún punto intermedio y que ese punto intermedio podía demostrarse.

Regreso y decisión

Cuando Jacobo regresó a México, no era el mismo adolescente que había partido. Llevaba en la cabeza una pregunta que había madurado durante los años en Israel: ¿puedo estudiar la mente desde la ciencia sin renunciar a lo que la ciencia aún no puede explicar?

La respuesta, para él, era la psicología, pero no la clínica de los divanes y los traumas infantiles: la **psicofisiología**, el estudio de los correlatos físicos de los procesos mentales. Medir lo imposible de medir. Encontrar números donde otros veían misterio.

Se inscribió en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), una de las universidades más grandes y prestigiosas de América Latina, y mientras estudiaba, mientras aprendía sobre neurotransmisores, ondas cerebrales y campos electromagnéticos, no dejaba de pensar en su madre.

En la enfermedad de ella había visto algo que la medicina no explicaba; en su muerte, algo que la ciencia no registraba; y en su propia mente, mientras estudiaba, la certeza creciente de que la frontera entre lo físico y lo psíquico era mucho más permeable de lo que los manuales admitían.

La pregunta que nació a los 12 años no se había ido. Se había transformado en una carrera.

Esa carrera, a su vez, se transformaría en una obsesión. Una obsesión que lo llevaría a Nueva York, a los laboratorios del Brain Research Laboratory, a los ojos vendados de los niños mexicanos, a la curandera con dos cuchillos y finalmente —nadie sabe exactamente cómo— a la nada.

Pero eso es otra historia. La historia de un científico.

Primero tenemos que entender cómo un psicólogo mexicano de veintitantos convenció a uno de los neurocientíficos más importantes de Estados Unidos de que merecía un doctorado en su laboratorio.